

X DORA ISELLA RUSSELL

X ELEGIA DE JUNIO

S E G U N D A P A R T E

POEMA DE OLVIDO



A veces te recuerdo.
Si es otoño,
si cae la tarde,
y si parezco alegre.

Basta un color para decirme:
¿era
de este color, así, mi adolescencia?
Basta un sonido y me interrogo:
el aire
¿tuvo la resonancia de las cítaras?
Y alguna voz, algún aroma, evocan
la sonora ebriedad de los augurios.

Alerta estaba en el umbral del sueño:
era la hora del comienzo.
Y estabas tú de pie sobre mi tiempo.
Ya no me acuerdo bien; pero eras tú;
ya no me acuerdo cómo, pero intenso
te levanté en mi sangre,
y fuiste el terco dios primero.

Ahora comienzo a comprender que un día
es verdad el olvido.

R E T O R N O

Junio de mi delirio distraído,
perpetuo mal donde mi mal se escuda:
¿qué nota falsa rechinó en el aire
de una elegía más y más desnuda?

Sobre el brocal de la cisterna, el sueño
hundió el brazo de sombra mas no tuvo
en la mano el guijarro del deseo
y al borde del deseo se detuvo.

¡Qué sabes tú, si junio no regresa,
qué sabes tú de la sonrisa trunca,
qué sabes tú de la pequeña piedra,
qué sabes tú, si junio es ahora nunca!

Resuena el pecho a catedral vacía,
muere en la sien el lauro fracasado.
Esta es la hora del retorno triste
a este junio de amor deshabitado.

CANCIONCILLA

Niño andariego, ¿dónde estás?
¿Por qué camino atravesaste
el bosque antiguo? ¿Por qué vas
sin esta mano que besaste?
Niño perdido, ¿dónde irás?

Rumor de adioses al andar,
roce de sueños en la frente,
amor que hiere sin matar,
amor terrible e inocente:
voy a buscarte sobre el mar.

Y no te encuentro. ¿Dónde fuiste?
Si tras de ti se puede ir,
dime el camino que tú hiciste
y he de seguirlo hasta morir.

LEVE ELEGIA

Te guardaré junto a mi sangre, amigo.
Te guardaré junto a esta noche.
Gajo de irrealidad, ahí,
desde la sombra hacia nosotros,
una luna suspende desde el miedo
su eternidad inmóvil.
Te la entrego.

Y no sabrás mañana cómo era
ni con qué voz pude decir tu nombre.
Mañana, sí, a orillas del olvido,
me sumaré a los otros,
naufragio cotidiano, en la memoria
de las pequeñas cosas sin retorno.

No es el amor, es cierto.
Y sin embargo,
todo el amor, apenas es
un poco más que esto.

En mi duro silencio custodiado,
vísperas solitarias,
triste y triste,
quedas en mí,
desesperada imagen
de una verdad que pudo ser la mía.

El destino me dio la encrucijada,
a otros les dio el camino.
Siempre estoy en el cruce de dos tiempos
como una llama
entre dos vientos.

Más allá de este sueño,
mi polvo caminante
dejará tras de sí, como un guijarro,
una señal de luz, diciendo:

Anduve
con mi lucero por la misma tierra,
y nadie vio mis señas
ni recibió el mensaje de mi cielo.

¡Mi nostalgia y la luna!
Llévalas en tu pecho
a la breve distancia del secreto.



R U I N A S

—¿Quién alzó los castillos en la arena?

—Digo que no, que no fui yo, que alguien...

Cierro los ojos y se acaba el cielo,
y el castillo de arena se derrumba;
y se va de la mano con la joven
que a ratos dialogaba con sirenas.

Yo sé que está existiendo aunque no quiera,
que hay una playa de caderas anchas,
que el tiempo es cierto, como el agua, el aire,
y que la vida y que la muerte juegan
al doble juego efímero y eterno.

Aunque cierre los ojos, ahí afuera
tienen el rostro de las cosas reales.

No dejan de existir porque no mire,
no dejan de existir porque no quiera.

—¿Quién alzó los castillos en la arena?

—No fui, no fui, mas no los toque nadie...

Sueño por sueño, sangre por lucero,
¿qué trueque melancólico ha nacido
de la costumbre triste de ser triste?
Eslabón de cristal, dogal de nieblas,
para la prisionera sin murallas
bástale una palabra como reja.

Desde la torre a donde el mar no llega,
está añorando oleajes de otros días.

Lejos queda la orilla donde alzaba
con arena ilusoria sus castillos.

Un fantasma de espuma marinera
sigue acuciando su ansiedad de viajes.
¡Juego de soledad, ruinas de arena!

Nadie responde ahora si pregunto:

—¿Quién derribó el castillo, cómo era?

IGUAL POEMA

¿Qué importa una muchacha sobre el tiempo,
otra herida, qué dice en el convivio
de todos los heridos de la tierra,
y qué es, entre tantos, el olvido?

Una pequeña llama vacilante,
una cruz de madera que no tiene
dioses que mueran para dar la vida,
y el águila mortal que se repliega
porque el hondero, más allá, vigila...
¿Qué traigo yo a la pared de piedra,
sino una sombra leve y fugitiva,
qué puedo dar al manantial cegado
sino la sangre que no sacia nunca
la verdadera sed del agua buena?
Arboles y más árboles y cielo,
ríos azules como enormes venas,
y un puñado de tierra que lamenta
su equivocada vocación eterna.

Arden los cuatro nardos del Crucero,
la mano intenta acariciar la noche,
y todo vuelve con su nombre, el eco
dice en el aire la palabra aquella,
y caen gotas de lluvias como llanto,
y está entre ambos la montaña negra
donde aúlla el viento que no alcanza nunca
el mentido reposo del silencio.

Yo pude darle... ¡eso qué importa ahora!
Yo le pedía... Callaré de nuevo.
¿Qué puede la muchacha de la sombra
junto a su corazón sepulturero?

T A R D E

Después de ti, ¿qué otra primavera?
¿Qué ternura después, que pueda darme
el remolino de esa tarde eterna?
No sé. ¿Dirás de mí
que era sonriente y triste?
¿Dirás de mí: me quiso, la quería?
Y entre la prisa de dos viajes,
¿tendrás una sonrisa y un recuerdo,
una punzada de melancolía,
y una vaga memoria, ¿cómo, cuándo?,
y sin saber la irrestañada herida?

Otra vez será igual; igual llovizna,
grises las calles donde junio sesga
malhumores de frío y desconsuelo.
Pero hacia adentro, donde siempre cambia
el perfil sensitivo del silencio,
desencontrados a la hora grave,
aprenderemos que se ha hecho tarde.

Sobre tus labios comenzó mi vida.
Junco de soledad, hoguera cierta,
la joven de nostalgias no tenía
nada más que su llama duradera,
sin el ayer de rescatados cielos,
sin el mañana de la flor alerta.

Tú te quedaste en mí como se quedan
del mar los ecos en la caracola.
Pongo mi corazón para escucharlos,
y viene el torbellino de las olas
a golpear en el pecho la salmodia
del amor verdadero que ama y odia.

Toda mi historia cabe en un abrazo:
el paraíso de una tarde sola.

O L V I D O

El olvido es redondo como un fruto,
tiene gajos de sueño, tiene mieles
que la memoria aciduló, no sabe
cómo era ayer la túnica del ángel,
ni repite promesas naufragadas,
ni sufre sobresaltos, ni se acuerda
cómo eran los labios de la tarde.

El olvido de rostro transparente
mira el espejo para hallar su cuerpo,
se ve desnudo pero no conoce
la blanca línea que le impuso el miedo,
y el pecho del amor, desdibujado
como un jirón de niebla entre la brisa,
no encuentra ya la cicatriz del dardo
donde estuvo el zigzag de los deseos.

El olvido es un monstruo de inocencia,
niño que mata sin saber la muerte,
agua que ignora su frescura viva,
claridad de una luz que alumbra y ciega,
jinete oscuro cabalgando a tientas.
Es la bahía donde echó sus anclas,
nave de todas partes y ninguna,
la que partió con velas como alas,
la que volvió con la bandera arriada.

El olvido sin culpa, el más culpable,
olvido como fruto, como niño,
olvido como miedo y como nave,
olvido sin respuestas, grave y lento,
que explimió en el lagar de las sonrisas
el zumo acibarado del racimo,

olvido que no tuvo y que no tiene
la altanera lujuria, el desafío
de gritar mi recuerdo sobre el aire:

¿dónde hallarás más dócil servidora
que ésta que arroja la memoria herida
al adiós traicionero de las olas?



N O C T U R N O

Gira la noche y el clamor es toda
la noche misma, noche de pie, la sola,
invulnerable sideral doncella
cazadora de hombres y quimeras,
echando redes a la sombra abierta,
simulacro de pesca inverosímil
que derrocha espejismos de luciérnagas
e ilumina los cielos y el océano.

Este es mi mar, mi patria, mi costumbre.
Ardua de claridad, cada regreso
deja en la rada cicatrices nuevas,
olas aventureras que mordieron
la barca inmóvil de la misma orilla.
¿Quién desconfía de la nave quieta?
Ha de levar el ancla hacia otros puertos,
otra bandera, jubilosa, al mástil,
y le abrirá camino el hipocampo
heráldico y adicto, confidente
en el viaje rebelde y hazañero
que reemplazó la rosa de los vientos
por un brumoso corazón herido.

Este es mi mar, mi patria, mi costumbre.
Gira bajo el zodiaco la noche.
Hay un dolor universal que busca
la voz humana que le preste el grito.
Hay un naufragio para la esperanza,
pero corona el mascarón de proa
un puñado de algas submarinas.

Este es mi mar, mi mar de cada noche.
Esta es mi noche, sobre el mar tendida
como un ancho velamen salpicando
por un hervor de astros y de espuma.

La noche misma es un navío inmenso
 volando sobre el tiempo, uno y eterno,
 y yo, la pasajera provisoria,
 llevo a bordo del barco alucinado
 un liviano equipaje que es tan sólo
 esta costumbre del amor y el canto.



EL HOY DESHABITADO

Estoy liviana, renacida, sola.
Rotas las ataduras del deseo,
rota la fe, sin rumbo ni ventura,
con un desgarró de recién nacida,
triste de ciencia triste, desafiando
la cautelosa llama, la pequeña
traición de cada día.

¿Cómo supo
el agrio zumo del licor prohibido,
cuál fue el rostro
definitivo de los desengaños?
Iba en una ebriedad sin alegría,
en la tiniebla que no fue misterio.
Sobre el río del tiempo corre ahora
jubilosa níké desprevenida,
diosa que lleva donde nace el ala
una flecha mortal para su sueño,
y anda sin norte y sin saber el daño,
buscando el aire del antiguo vuelo.

Una pequeña patria de esperanza,
o algún jardín donde no cabe el cielo,
o un huerto soledoso donde ampare
la cobardía con su paz difícil
la Victoriosa dicha del culpable,
nunca los tuve ni tenerlos quiero.
Vuelvo el rostro a mi herida cotidiana,
a mi ternura sin remordimiento,
a mi imposible herida que no acusa,
a mi mal y mi bien sin un reproche,
a la costumbre de los desencuentros.

...Una muchacha que no supo nunca
la breve dimensión del universo!

H A L L A Z G O

Hoy reencontré la antigua adolescencia.
Jubilosa y llameante regresaba
en una alucinada expectativa,
y todo parecía ser de nuevo
ese minuto intacto de la vida.

Y fui yo misma en vértigo y sonrisa.
Hallé indemnes los gestos olvidados,
mis juguetes del tiempo, el árbol niño,
ese rumor de no sé qué, ese gusto
inadvertido entonces, los colores
que no supe mirar a la hora tierna,
y una aguda emoción por todo y nada
abriendo con puñales persuasivos
una invisible herida de mañanas.

Aquella fui. El horizonte cambia
alrededor de la romera inmóvil.
El paisaje interior rueda y desata
ríos que no se ven, frondas hurañas,
cielos azules de viñeta arcaica,
y páramos y ciénagas y montes
y ángeles lazarillos que perdieron
el propio rumbo en cada encrucijada.

Se muere el viaje dentro del viajero,
y en el pecho no cabe el paraíso,
ni hay serpiente o manzana sobre el pecho,
ni la caída resucita el mito,
ni el paraíso resucita el beso
original de la primera infamia.
Que fui tan sólo huésped transitorio
de la mentira triste del deseo.

La joven de hoy su adolescente evoca
sin hallar la palabra de su nombre,
sin querer encontrarse con la otra,
ya con la sombra y la melancolía
de una muerte secreta en la memoria.

P O E M A

Ahora me pertenezco. Tomo el día
como un racimo opaco, y una a una
sueltan las horas su vendimia triste,
en la embriaguez amarga y sin ventura.

¿El mismo rapto, el mismo desvarío,
el mismo cielo con distinto beso,
el mismo humilde corazón llagado,
el mismo junio con un rostro nuevo?

Calcó las huellas de otros caminantes,
robó un jirín de tiempo y de memoria,
y regaló el mendrugo como un oro:
pagó en falsa moneda el alma entera.

Simulacro de amor, fue una sonrisa
de soledad tan dulce edificada,
que el abrazo vital de la mentira
puso en mi rostro claridad de agua.

Y herida aguardo que hacia mí regrese
una pasión hecha de humo y nada...

ELEGIA DE AMOR Y OLVIDO

La comba azul, el río detenido,
la meridiana luz que se desviste,
el prado acaso donde está dormido
el rubio dios adolescente y triste
—portador de la flecha que lo ha herido
y en la nostalgia del dolor insiste—,
y una sombra de ayeres escanciada
en la copa secreta y derramada.

Así el amor que me nació temprano
halló solaz sobre mi pecho ileso.
Se hincó a mis pies y me besó la mano,
amparadora mano de otro beso,
sin hoy ni ayer, sacrificado en vano,
gesto medido y liberado exceso.
Pudo serme lo eterno y fue tan sólo
este silencio donde el tiempo inmolo.

Manantial de otro bien, remordimiento
de la sola verdad inconfesada,
voz que me grita porque no la miento,
voz que repite que su amor fue nada:
puse mi pie sobre el umbral violento
y estuve en él, fugaz enamorada,
viajera en rumbo de la sed oscura,
en el pavor tenaz de la ternura.

¿Qué mieles escondidas me vertieron
esta angustiada prisa soledosa?
¿Qué signos increídos me escogieron
para la hazaña de soñar la rosa,
qué dulces y que tristes, cómo fueron,
cuál, la celeste pauta nemorosa?
Nunca lo supe y sin saberlo sigo.
En saber sin saberlo me castigo.

Porque sé que vendrás, pero no tengo
el mismo abrazo para darte, el puro
ademán silenciado, me detengo
sobre mi propio desconcierto oscuro,
y más allá de la memoria, vengo
a desterrar mi corazón maduro.
Sangre y dolor y rebeldía y llanto,
herida a herida me gané mi canto.

Todo es distinto, amor, y todo ha sido
tan sólo el remolino pasajero
de una tarde nacida hacia tu olvido.
¿Dónde quedó mi júbilo primero,
mi orgullo arisco, el sueño desmedido
y el arriesgado corazón viajero?
Cuerpo del agua, evanescente huída,
forma sin forma, rostro de la herida.

Todo es ahora esta poquita cosa
de estar mirando, sin rencor, el cielo.
Es nada más que el sueño de la rosa,
acaso el recomienzo del desvelo,
¡y para qué la juventud premiosa
abrumada de ángeles sin vuelo!
Dicha perdida, mínima y valiente,
culpable nada más por inocente.

Voy a decirte que el amor no importa,
voy a decirte que el amor no es nada.
Una esperanza demasiado corta,
una larga dulzura empecinada...
Una tristeza rezagada, absorta,
una sombra en la noche enlucrada.
Sólo es amor el tiempo de la vida.
(Voy a decirte que el amor se olvida).

HISTORIA

Hombre, voy a contarte cómo era.
Reconstruiré mi biografía leve,
desandaré otra vez, aventurera,
hacia mi infancia de cristal y nieve
la ahora despoblada carretera,
y volveré con un racimo breve
rezumante de miel y primavera,
para decirte que me ha sido aleve
el andar desnudada y verdadera.

Si mis amores niños, precozmente
el rostro revelaron de la herida,
supe que manan de la misma fuente
el desengaño de la despedida,
esas nostalgias del soñar doliente,
la sed de cielo y hambre de la vida,
y que bien paga el corazón ardiente
con la moneda fría y desmedida
la cobarde inocencia adolescente.

No sé si era como me recuerdo,
mas me recuerdo como creo haber sido:
una audacia de júbilos que pierdo
en un sendero aun desconocido
y la esperanza vuelta ensueño lerdo
casi al comienzo de mi recorrido.
Mas todavía yo no sé que pierdo,
mas todavía yo no sé que olvido.
Y acaso era como me recuerdo.

Mi despojada juventud no viene
a reclamar como antes la presencia
cotidiana del ángel, ni detiene
los manantiales de la transparencia,
ni males venga, ni pasión contiene,
ni sacia su magnífica impaciencia,

ni a doblegar su soledad se aviene,
ni sabe calcular, ni tiene ciencia
para saber el bien que le conviene.

Amor que fue mi duende equivocado
vino a pedirme hospitalario abrigo;
le vi fugaz y me palpé el costado,
le supe eterno y le llevé conmigo.
El peregrino me dejó el cayado,
y me he vuelto viajera sin testigo
del amoroso e inútil dialogado,
y el andariego símbolo enemigo
halla la paz en pecho torturado.

Alcé mi llamarada en la ilusoria
ambición de ser clara y de ser pura;
pronto supe la hoguera provisoria
y la caducidad de la ternura.
Y regresé a mi patria transitoria
con el fracaso de la gran ventura.
Guardo algunas cenizas de memoria,
y como saldo de malaventura
tiene tu nombre mi pequeña historia.

Ahora singla mi proa hacia adelante
sin importar los riesgos de la ola.
Queda detrás la estela vacilante,
temblor de espumas en el rompeola.
Mi estrella vuelve el mástil tulgurante,
habla de amor la misma caracola,
iza mi mano la verdad quemante.
Que se hizo experto en una tarde sola
mi corazón que era aprendiz de amante.